



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Posada Carbó, Eduardo  
Las elecciones presidenciales de Colombia en 1930  
Revista de Estudios Sociales, núm. 7, septiembre, 2000, p. 0  
Universidad de Los Andes  
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81500705>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica  
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## Las elecciones presidenciales de Colombia en 1930\*

Eduardo Posada Carbo\*\*

### 1

El 16 de enero de 1930, el ministro británico en Bogotá observaba en su informe anual sobre las elecciones colombianas: "...como por lo general el Partido Liberal no se une para lanzar candidato propio a la presidencia, el candidato del Partido Conservador se convierte en la práctica en presidente electo; las elecciones son así apenas una formalidad"<sup>1</sup>. No pudo estar más equivocado. El Partido Liberal se unió y, como lo había hecho en 1922, decidió apoyar un candidato propio, bajo el movimiento de Concentración Nacional: Enrique Olaya Herrera. No hubo uno sino dos candidatos conservadores: Guillermo Valencia y Alfredo Vásquez Cobo. El Partido Socialista Revolucionario (PSR), antecedente del Partido Comunista, también decidió lanzar candidato propio -Alberto Castrillón-, aunque su participación en las urnas fue más bien simbólica. Pero lejos de ser una mera formalidad, la elección de 1930 demostró ser altamente competitiva, cuyos resultados tuvieron un significativo impacto en la política colombiana. Con el triunfo de Olaya Herrera, el 9 de febrero de 1930, se daba fin a 45 años de hegemonía conservadora.

El significado de estas elecciones no ha pasado inadvertido en la historiografía colombiana. Las divisiones internas que condujeron a la derrota conservadora, así como la recomposición del Liberalismo alrededor de la candidatura de Olaya Herrera han sido destacadamente analizadas en varios trabajos, aunque tal vez ninguno con el detalle de la monografía aún inédita de Terence Horgan<sup>2</sup>. Entre todos los aspectos de la campaña, la intervención errática del clero ha

sido el que más ha llamado la atención. Un ensayo reciente de Medófilo Medina examina precisamente el papel que jugaron los obispos y los curas en este proceso electoral<sup>3</sup>. Sin embargo, no existe una monografía detallada que analice estas elecciones de manera comprehensiva. Los estudios disponibles nos ayudan a entender los tejemanejes de las dirigencias políticas y eclesiásticas, aunque las complejas relaciones entre unas y otras merecen ser re-examinadas con más cuidado<sup>4</sup>. Pero no existen análisis del electorado, ni de sus relaciones con dichas dirigencias. Interesa, sobre todo, apreciar la naturaleza de las movilizaciones populares tan evidentes en esta campaña; apreciar, en particular, las razones de ese evento tan sorprendente para muchos contemporáneos: "El liberalismo surgió como de la tierra, ¡y venció!"<sup>5</sup>. Más aún, las referencias a las elecciones de 1930 suelen subrayar sus innegables características de quiebre en la política nacional, pero la campaña electoral escasamente se considera en el contexto de la historia electoral colombiana<sup>6</sup>.

Las elecciones presidenciales de 1930 en Colombia fueron ciertamente excepcionales en Latinoamérica. Bajo los efectos de la depresión, el resultante malestar social, y el ascenso ideológico de doctrinas anti-liberales en la región, la democracia representativa se vio interrumpida por golpes de fuerza en muchos países-incluidos Chile, Brasil y Argentina-durante los años 1930/31. Los colombianos también experimentaron cambios en su régimen político. En contraste, sin embargo, la oposición llegaba allí al poder a través de unas reñidas elecciones, cuyos resultados fueron acatados por el gobierno y por las principales fuerzas derrotadas en los comicios. Por sus notables consecuencias, las elecciones de 1930 marcaron un hito en la historia nacional. Podría argumentarse que, junto con otras elecciones presidenciales -como las de 1836/7, 1849, 1856 y 1875-, estas elecciones fueron esencialmente formativas de la cultura política colombiana -o, para ser más precisos, de

\* Este ensayo forma parte de un libro que estoy escribiendo sobre la historia electoral colombiana, y sus efectos en la cultura política nacional, entre 1830 y 1930. Una primera versión de este ensayo fue discutida en el Congreso del Latin American Studies Association que tuvo lugar en Chicago, en septiembre 24-26 de 1998.

\*\*Ph.D. en Historia de la Universidad de Oxford, Inglaterra, profesor de la Universidad de Londres.

1 "Colombia. Annual Report, 1929", Bogotá, enero 16 de 1930, Public Records Office (PRO), FO371/14221.

2 IB. Horgan, "The Liberals Come to Power "por debajo de la ruana": A Study of the Enrique Olaya Herrera administration, 1930-1934", tesis doctoral sin publicar, Universidad de Vanderbilt, 1983. Véanse también las varias referencias en los distintos capítulos del libro de Christopher Abel, *Política, Iglesia y Partidos en Colombia, 1886-1953*, Bogotá, Universidad Nacional 1987; y los capítulos respectivos en la biografía de Gustavo H. Rodríguez, Enrique Olaya Herrera. *Político, estadista y caudillo*, Bogotá, 1979; y J. Guerrero, los años del olvido. Boyad y los orígenes de la violencia, Bogotá, 1991.

3 M. Medina, "Obispos, curas y elecciones, 1929-1930", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 18-19, 1990-91, Págs. 185-204. De obligatoria consulta -sobre todo por su valor documental-, es la monografía de José A. Restrepo, *La Iglesia en dos momentos difíciles*, Bogotá, 1971.

4 Sobre la complejidad histórica de estas relaciones, véase el ensayo de Malcolm Deas, "The Role of the Church, the Army and the Police, c. 1850- 1930", en E. Posada Carbo, ed., *Elections Before Democracy. The History of Elections in Europe and Latin America*, Londres y Basigstoke, 1996.

5 La exclamación es del general José J. Villamizar, ex ministro de Guerra del régimen conservador. Citado en Mario Ibero, *Andanzas*, Bogotá, 1930, Pág. 83.

6 Véase mi ensayo, "Limits of Power: Elections Under the Conservative Hegemony, 1886-1930", en *Hispanic American Historical Review*, 77:2, mayo de 1977, Págs. 245-279.

aquella faceta de una compleja cultura política que le daba especial valor a la competencia electoral<sup>7</sup>.

Podría argumentarse también que éstas fueron "elecciones críticas", así como la historiografía ha definido ciertas elecciones en los Estados Unidos: aquellas en las que los votantes decidieron cambiar la dirección del gobierno, o en las que se produjo un marcado y durable realineamiento electoral entre los partidos<sup>8</sup>. Como lo expresara Walter D. Burnham, las "elecciones críticas" son la "fuente" de la política norteamericana: "actos constituyentes" que tienen lugar con 'notable uniformidad periódica', que reorganizan las coaliciones de los partidos, y motivan respuestas decisivas del gobierno a problemas que la política ordinaria no puede resolver<sup>9</sup>. La teoría de las "elecciones críticas" puede haber caído en desuso; sus bases teóricas han sido seriamente cuestionadas<sup>10</sup>. Aplicarla además a la experiencia colombiana exigiría una mayor información que la disponible: el estado de la historiografía electoral colombiana es aún primitivo<sup>11</sup>.

7 La cultura política colombiana tiende a ser identificada más con su historia de guerras civiles en el siglo XIX, y con las "violencias" del siglo XX, que con su historia electoral. Véase el trabajo de Gonzalo Sánchez, *Guerra y política en la sociedad colombiana*, Bogotá, El Áncora, 1991. Sin desconocer que la violencia política ha sido una constante en la historia colombiana, mis investigaciones han querido subrayar la importancia de las elecciones en la formación de una cultura política que, a pesar de la violencia, le ha otorgado valor a los principios del gobierno representativo. Sobre las relaciones entre violencia y elecciones, véase mis ensayos "Elections and Civil Wars in Nineteenth-century Colombia: the 1875 Presidential Campaign", en *Journal of Latin American Studies*, October, 1994 (su versión en español se publicó en *Historia y Sociedad*, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, diciembre de 1997); y "Civilizar las urnas: conflicto y control en las elecciones colombianas, 1830-1930", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 32:39, 1995. Véanse también mis ensayos "Limits of Power", ya citado, y "Reflexiones sobre la cultura política colombiana" –conferencia presentada ante la Cátedra Corona de la Facultad de Administración de Empresas de la Universidad de los Andes, Bogotá, septiembre 5-10 de 1999. David Bushnell ha observado cómo, a pesar de la recurrencia de guerras civiles, las elecciones fueron la forma normal de llegar al poder durante el siglo XIX colombiano. Véase su ensayo en el libro de Charles Bergquist et. al, eds., *Violence in Colombia. The Contemporary Crisis in Historical Perspective*, Wilmington, 1984, Págs. 11-30.

8 Véase el pionero ensayo de V.O. Key, "A Theory of Critical Elections", en *Journal of Politics*, XVII, 1955. Para un análisis revisionista de la literatura sobre "critical elections" véase Richard McCormick, "The Realignment Synthesis in American History", en *The Party Period and Public policy. American Politics from the Age of Jackson to the Progressive Era*, New York y Oxford, 1989, Págs. 64-88. Aunque McCormick argumenta en contra del énfasis otorgado a las elecciones, en favor de más estudios sobre políticas gubernamentales, yo creo que su ensayo es muy estimulante.

9 Citado en McCormick, "The Realignment Synthesis", Pág. 69.

10 Véase el ensayo citado de McCormick.

11 Se observa, no obstante, un creciente interés en el tema tras haber sido largamente ignorado, a pesar de los pioneros trabajos de Bushnell, Deas, González González y Bergquist. Ejemplo de este interés son, entre otros, Patricia Pinzón de Lewin, *Ejército y elecciones en Colombia*, Bogotá,

No obstante, la literatura norteamericana sobre las "elecciones críticas" es sugerente, por lo menos, en dos sentidos. Primero, en identificar la necesidad de examinar a fondo la relevancia de algunas elecciones particulares que parecen distinguirse por su extraordinario impacto en los sistemas políticos y en la forma de gobierno. Y, segundo, en el valor que parecen darle al comportamiento del electorado en los respectivos procesos políticos.

Este ensayo no pretende formular teoría alguna sobre las "elecciones críticas" colombianas. Sus objetivos son más bien modestos. En primer lugar, me interesa reexaminar los conflictos internos de la política colombiana, en el seno de los diversos sectores dirigentes del país, que acompañaron al proceso electoral en 1930. En segundo lugar, me propongo describir la movilización electoral desatada por la campaña presidencial, con el fin de abrir algunos interrogantes sobre la naturaleza del electorado y sus relaciones con la llamada clase política. Finalmente, me detengo en los resultados electorales, en la forma como éstos fueron asimilados, y en sus efectos sobre el comportamiento político nacional. Por encima de todo, me interesa subrayar el significado que ciertas elecciones, como las de 1930, han tenido en el desarrollo de la cultura política colombiana, y estimular así un mayor interés hacia su estudio<sup>12</sup>. Importa, pues, apreciar preliminarmente la campaña de 1930 en el contexto de una prolongada e intensa historia electoral.

1994, el ensayo de Medófilo Medina ya citado, y Luis Alarcón Meneses, elecciones en el Estado Soberano del Magdalena (1857-1872). Entre la participación y el fraude", en *Historia y Sociedad*, 3, diciembre de 1996. Contrasta, sin embargo, el mayor interés que parece tener la historia electoral de otros países latinoamericanos. Tres obras colectivas ofrecen un resumen del estado de la historiografía: A. Annino, ed., *Historia de las elecciones en Ibero América, siglo XIX*, México, 1995, Hilda Sabato, ed., *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*, México, 1999, y Posada Carbó, ed., *Democracy without elections*, ya citado. Más recientemente se han publicado, por lo menos, tres valiosas contribuciones: Carlos Malamud, *Partidos políticos y elecciones en la Argentina: la Liga del Sur, 1908-1916*, Madrid, 1997; Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización*. Buenos Aires, 1862-1880, Buenos Aires, 1 y una colección de ensayos sobre historia electoral chilena por Erika Maza y Samuel Valenzuela.

12 No existen en la historiografía moderna colombiana monografías comprehensivas sobre elecciones individuales. Existen sí ensayos sobre algunas elecciones, como el de Bushnell sobre las elecciones presidenciales 1856, el de Bergquist sobre las de 1898, y los de Park y Posada sobre las de 1875. Algunas elecciones individuales en otros países latinoamericanos han sido objeto de estudios más detallados. Véanse, por ejemplo, Eleonora Gabaldón, *Las elecciones presidenciales de 1835*, Caracas, 1986; Rene Mil La elección presidencial de 1920, Santiago, 1981; y Lia Sanucci, *La renovación presidencial de 1880*, Buenos Aires, 1959.

## 2.

Permítanme reiterar algunas de las características más sobresalientes de las elecciones de 1930: fueron altamente competitivas, de antemano sus resultados eran por lo tanto inciertos, motivaron relativamente altos grados de participación electoral, triunfó la oposición, y el gobierno entregó el poder. Históricamente, estas características no eran del todo novedosas. Todas ellas se encontraban ya presentes en las elecciones presidenciales de 1836/37, cuando el candidato de la oposición al presidente Francisco de Paula Santander, José Ignacio de Márquez, derrotó al favorito del régimen general José A. Obando<sup>13</sup>.

Desde entonces puede identificarse el origen de unas tradiciones electorales que si bien no se desarrollaron sin sobresaltos, sí perseveraron a lo largo del tiempo. La competencia electoral fue ciertamente intensa durante las décadas que siguieron al triunfo de Márquez, bajo el sistema de sufragio indirecto. El general Obando sería finalmente elegido presidente en 1852 por una mayoría indiscutida. Pero con esa excepción, las elecciones presidenciales anteriores desde el mismo triunfo de Márquez fueron tan disputadas que le correspondió al Congreso dirimir siempre sus resultados. Las elecciones presidenciales fueron similarmente reñidas en 1856, cuando, por primera y única vez en el siglo XIX, se había adoptado el sufragio directo. También se había adoptado el sufragio universal masculino. La participación electoral en 1856 fue muy significativa: alrededor del 50 por ciento, según los cálculos de Bushnell<sup>14</sup>. Votaron más de 200.000 personas-para entonces uno de los electorados más voluminosos de Suramérica (en Chile votaban en esa época unas 30.000 personas)<sup>15</sup>.

Un análisis ligero de la historia electoral colombiana parecería sugerir que dichas características se disiparon, primero, bajo las distintas constituciones del período federal que desde fines de la década de 1850 reimpusieron restricciones al sufragio y, segundo, bajo el régimen que se inauguró en 1886. Durante el período de Río negro (1863-1886), sin embargo, varios estados de la Unión preservaron el sufragio popular. Y las restricciones introducidas en algunos estados no eliminaron la competencia electoral, ni

desmovilizaron del todo políticamente a la nación<sup>16</sup>. También es cierto que, al centralizar nuevamente el sistema electoral, la Constitución de 1886 nacionalizó el sufragio restringido para las elecciones presidenciales y para el Congreso. No obstante, la Constitución preservó el sufragio universal masculino para las elecciones de concejales municipales y diputados departamentales. La competencia electoral se amainó tras la política de abstencionismo y rechazo a las urnas que dominó entre los liberales después de su derrota en la Guerra de 1885. Pero esta política se aplicó ante todo a las elecciones presidenciales, y se abandonó en varias ocasiones -como en las contiendas presidenciales de 1897<sup>17</sup> y 1922. Más aún, la competencia electoral conservó su carácter intenso en las disputas entre las distintas facciones del Conservatismo que, en su momento, parecían adoptar formas partidistas propias, y sobre las cuales el Liberalismo no permaneció indiferente. En efecto, durante las primeras décadas del siglo XX, en particular después de 1910, el Liberalismo logró algunos avances electorales, notablemente en los comicios municipales de las grandes ciudades. Y en algunas ocasiones -como en las elecciones presidenciales de 1918- participó en apoyo de las distintas facciones en que se dividía el Conservatismo.

Similarmente, la Constitución de 1886 no tuvo efectos duraderos en desmovilizar políticamente a la nación. Con la información disponible, es difícil establecer con precisión los niveles de participación electoral. Pero tal parece que ésta fue relativamente mayor que lo que hasta hace poco aceptaban los historiadores. Tal aseveración es más evidente a partir de 1910, cuando se reintrodujo el sufragio directo para la elección de presidentes, y se redujeron las condiciones pecuniarias para el voto. Puede afirmarse, en efecto, que desde comienzos de siglo el electorado creció a tasas mayores que la población<sup>18</sup>. En las elecciones presidenciales de 1930 votaron 824.000 personas, es decir, alrededor del 48 por ciento de la población adulta masculina. Si se tiene en cuenta que el sufragio estaba aún sujeto a restricciones, esta tasa de participación electoral debe considerarse como relativamente elevada<sup>19</sup>.

13 Yo he analizado estas elecciones en el ensayo "República y alternancia: las elecciones en Venezuela y Nueva Granada, 1835- 1837", en Sábato, ed, *Ciudadanía política y formación de las naciones...*

14 D. Bushnell, "Voter Participaron in the Colombian Election of 1856", en *HAHR*, 51:2, mayo 1968.

15 Véase S. Valenzuela, *Democratización vía reforma. La expansión del sufragio en Chile*, Buenos Aires, 1985.

16 Sobre el carácter competitivo de las elecciones bajo el período federal, véase- mi ensayo "Elections and Civil Wars".

17 Véase C. Bergquist, "The political economy of the Colombian presidential election of 1897", en *Hispanic American Historical Review*, 56:1, Feb. 1976.

18 Véanse, sobre este punto, mis observaciones en "Limits of Power".

19 Según la Registraduría, el potencial de sufragantes (es decir, aquellos calificados legalmente para votar) era de 987.504. Véase Registraduría Nacional del Estado Civil, *Historia electoral colombiana, 1810-1988*, Bogotá,

Este apretado resumen histórico sólo pretende subrayar el punto: las visibles características de las elecciones de 1930 no emergieron de la nada. Por lo menos desde 1836 puede identificarse el desarrollo de unas tradiciones electorales que, a pesar de sus vaivenes, perseveraron en el largo plazo. En 1930, un boliviano como Alcides Arguedas se asombraba al ser testigo en Colombia de las expresiones de libertad de prensa, de la intensidad de la contienda electoral, y del comportamiento del gobierno frente al resultado adverso de las urnas<sup>20</sup>. Sin duda, muchos colombianos, entre los elementos más retardatarios del Conservatismo, no miraron con buenos ojos dichos avances democráticos. Su presencia no puede desmeritar, sin embargo, el significado de los desarrollos institucionales que antecedieron a los eventos electorales de 1930.

Así como éstos no se sucedieron en medio de un vacío institucional, su ocurrencia tampoco podría explicarse sin referencia a los cambios económicos y sociales que el país había sufrido en las primeras décadas del siglo XX. Este no es el lugar adecuado para entrar en detalles sobre todas las transformaciones experimentadas en estos años. Baste tal vez subrayar su enorme significado en los más vanados aspectos de la vida nacional, sobre todo en la década de 1920, como lo ha mostrado muy bien el trabajo de Carlos Uribe Celis<sup>21</sup>. Me interesa, de todas maneras, destacar algunos de los efectos que dichas transformaciones tuvieron en el comportamiento político y electoral del país.

1988, Pág. 154. Desde 1910, podían votar para presidente los ciudadanos que sabían leer y escribir o que tuvieran una renta anual de \$300 o propiedad raíz de \$1.000. Los Jurados Electorales configuraban los censos electorales que debían estar definidos a comienzos del año electoral. Ibíd., Págs. 74-76. Sobre la evolución de la legislación electoral, véase también Fernán González González, *Para leer la política, Bogotá*, Cinep, 1997, capítulo 3, "Legislación y comportamiento electorales: evolución histórica", publicado originalmente en *Controversia*, Bogotá, Cinep, 1978.

20 A. Arguedas, *La danza de las sombras*, Bogotá, 1983.

21 C Uribe Celis, *Los años veinte en Colombia. Ideología y cultura*, Bogotá, 1985. Este período, sobre todo en sus aspectos políticos, continúa aún muy poco estudiado. Me remito al ensayo historiográfico de Malcolm Deas, "Colombia", en L. Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, 1995, Págs. 470-74. Hay versión en español: *Historia de América Latina*, varios volúmenes, Barcelona, Cambridge University Press, Editorial Crítica, 1991. Véase también el capítulo 2 del libro de Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*, Bogotá, 1995; G. Colmenares, "Ospina y Abadía: la política en el decenio de los veinte", en A. Tirado Mejía, ed., *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, Planeta, 1989, vol 1; M. Deas, "Colombia, Ecuador and Venezuela, 1880-1930", en L. Bethell, ed., *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge, 1986; y J.O. Melo, "La república conservadora", en Melo, ed., *Colombia hoy*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1995.

En primer lugar, entre 1903 y finales de la década de 1920, los colombianos vivieron un período sostenido de crecimiento económico de escasos precedentes, expansión económica que, en palabras de Marco Palacios, "cambió el mapa productivo, y alteró los balances regionales y las relaciones de la ciudad con sus regiones"<sup>22</sup>. Tal crecimiento vino acompañado de notables mejoras en las comunicaciones, y de una extraordinaria movilidad geográfica. A su turno, éstas motivaron el aceleramiento de los procesos de urbanización e industrialización, al tiempo que surgía el sindicalismo. No existen esfuerzos sistemáticos para apreciar las transformaciones sociológicas que en consecuencia experimentó el electorado, aunque no es difícil entrever aquí algunas de sus nuevas características: en particular, su creciente fisonomía urbana, y el debilitamiento de los lazos tradicionales de control social. En las ciudades y en los puertos, donde se desarrollaban con algún ímpetu la industria y el comercio, así como en los sitios de gran concentración de trabajadores -en los campos petroleros y en la zona bananera del Magdalena-, este electorado fue cortejado con algún éxito inicial por los socialistas, aunque en últimas sus simpatías políticas estuviesen mayoritariamente con el Liberalismo<sup>23</sup>. Los Conservadores continuaron recibiendo predominantemente el apoyo del campesinado. Pero aquí también valdría la pena apreciar las variaciones de este electorado rural, particularmente en el occidente cafetero, donde sobresalían "grupos moderados" de conservadores "empeñados en el desarrollo material del país"<sup>24</sup>.

La expansión económica de las primeras décadas del siglo se reflejó así mismo en la ampliación de los recursos fiscales y, por ende, en una mayor capacidad del Estado para distribuir empleos, favores y contratos. Esta mayor actividad estatal, sin embargo, se desplegaba bajo un sistema en el que las prácticas políticas contradecían el supuesto espíritu centralista de la Constitución de 1886. Detrás de ese fisco recién enriquecido siguieron los apetitos regionales. "El diputado y el representante de cada circunscripción", según Gonzalo Restrepo Jaramillo, se convirtieron en "agentes semicomerciales de determinada obra y de intereses

22 Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia*, Pág. 73.

23 El socialismo revolucionario, según el dirigente sindical, Ignacio Torres Giraldo, era un "estimulante liberal". Véase su obra *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, Editorial Latina, sin fecha, vol 4, págs. 64-65. No parece, además, que los miembros de las nacientes organizaciones socialistas creyesen mucho en las elecciones. Las memorias, Torres Giraldo no ocultan su desprecio por la actividad electoral.

24 Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia*, págs. 78 y 126.

específicos"<sup>25</sup>. Se consolidó así el poder de esos intermediarios de la política -"los caciques"-, esos mismos "caciques" que, sostenedores del régimen, eran paradójicamente despreciados por el presidente Miguel Abadía Méndez (1926-1930)<sup>26</sup>. Más adelante volveré sobre el papel de los caciques en las elecciones de 1930. Por lo pronto, sólo es pertinente añadir que muchos de estos caciques eran representantes de una clase política emergente, exponentes de un clientelismo moderno que tomaba el lugar de las formas tradicionales de patronazgo<sup>27</sup>. Su poder estaba condicionado por su efectividad en la tarea de intermediario entre ese Estado recién enriquecido y sus clientelas.

El crecimiento económico estuvo por lo demás acompañado de expresiones de malestar social, seriamente manifiestas a fines de la década de 1920. Por supuesto que los problemas se exacerbaron tras la depresión de 1929. Los conflictos más agudos tuvieron lugar en las zonas de explotación petrolera y bananera, donde las protestas sociales tomaron ocasionalmente tonos anti-imperialistas, y en algunas regiones agrarias del centro del país. Los resultados de la famosa huelga contra la United Fruit Company, que desembocó en los trágicos eventos del 6 de diciembre de 1928, sirvieron para minar aún más la autoridad del gobierno de Abadía<sup>28</sup>. La oposición cobró nuevos bríos. En particular, jóvenes figuras del Liberalismo estuvieron al frente de los ataques: el 3 de septiembre de 1929, Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán iniciaban sus acusaciones en el Congreso contra el régimen. Tres meses después, una comisión de la Cámara de Representantes, liderada por Gaitán, acusaba al presidente Abadía de ser constitucionalmente responsable de la "matanza de las bananeras"<sup>29</sup>.

Esta atmósfera de malestar se vio además enrarecida por las amenazas de insurrección. De acuerdo con la prensa de la oposición, el gobierno había creado una "revolución imaginaria" de "rojos" con el fin de adoptar medidas represivas. El activismo de los socialistas era, no obstante, evidente. Como eran también evidentes las simpatías revolucionarias de significativos sectores del Liberalismo, especialmente entre veteranos de la Guerra de los Mil Días (1899-1902). En efecto, socialistas y liberales revolucionarios se habían reunido en Chocontá a mediados de 1928, para acordar los planes de una insurrección que debería llevarse a cabo conjuntamente con las fuerzas opositoras al régimen dictatorial de Gómez en Venezuela<sup>30</sup>. La insurrección generalizada no tuvo lugar, pero a mediados de 1929 hubo levantamientos aislados en el Tolima, el Valle y Santander<sup>31</sup>.

De mayores consecuencias políticas adversas al gobierno fueron las manifestaciones de protesta popular que tuvieron lugar en Bogotá el 8 junio de 1929, cuando alrededor de 10 mil personas recorrieron las calles de la capital<sup>32</sup>. En sus orígenes, esta masiva protesta fue un reflejo de insatisfacción contra la administración de la ciudad, una reacción contra la "rosca" que corruptamente manejaba los destinos bogotanos. Detrás de ella, sin embargo, se movían también los intereses políticos que se disputaban el poder. El gobierno de Abadía se vio en esta ocasión enfrentado a miembros de su propio partido. La intervención de la fuerza pública produjo la muerte de un estudiante que, paradójicamente, era cercano al mismo presidente Abadía: éste era su acudiente. Según Aquilino Gaitán, miembro entonces de la Dirección Nacional Conservadora, el grueso de los manifestantes lo componían conservadores de la corriente vasquista -seguidores de Vásquez Cobo-, apoyados por los liberales<sup>33</sup>. Abadía sólo pudo sortear la crisis tras varias renunciaciones de sus altos colaboradores, entre ellos la de su ministro de Guerra, Ignacio Rengifo, hombre fuerte del régimen y, hasta entonces, serio aspirante a sucederle en la presidencia. "Desde aquel 8 de junio", observaría Alfonso Rumazo González, "el Partido Conservador pudo considerarse caído del poder"<sup>34</sup>.

25 G. Restrepo Jaramillo, *El pensamiento conservador*, Medellín, 1936, Págs. 27-28.

26 Abadía hablaba mal de los caciques en sus clases de derecho que dictó aun siendo presidente. Véanse los comentarios del general José Isaías Gamboa, cacique de Cundinamarca, en A. Gaitán, *Por qué cayó el Partido Conservador*, Bogotá, 1935, Pág. 19. Véanse también los comentarios de otro cacique, el general Iguarán, sobre la adversidad de Pedro Nel Ospina y el mismo Abadía hacia los caciques, en Ibero, Andanzas, Págs. 18-19. Sobre la actitud hacia los caciques, véase el ensayo de Malcolm Deas, "El caciquismo en Colombia", en *Revista de Occidente*, octubre de 1973, reproducido en su *Del poder y la gramática*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993.

27 Véase Deas, "El caciquismo en Colombia". Un retrato de esta clase política emergente, basado en los informes consulares británicos, se encuentra en M. Palacios, "La clase más ruidosa".

28 Véase mi ensayo "Fiction as History: the bananeras and Gabriel Garcia Marquez's *One Hundred Years of Solitude*", en *Journal of Latin American Studies*, mayo, 1998.

30 María Tila Uribe, *Los años escondidos. Sueños y rebeldías en la década de veinte*, Bogotá, 1994, Págs. 250 y ss.

31 Torres Giraldo, *Los inconformes*, Vol. 4, Pág. 992. Véase también Gonzalo Sánchez, *Los bolcheviques del Líbano*, Bogotá, 1981, y Uribe, *Los años escondidos*, Págs. 302-307.

32 Alfonso Rumazo González, *Enrique Olaya Herrera*, Pág. 113.

33 Gaitán, *Por qué cayó el Partido...*, Pág. 54.

34 Rumazo González, *Enrique Olaya Herrera*, Pág. 114. En estas jornadas, según Carlos Lleras Restrepo, se había derrumbado una maquinaria electoral

### 3.

A comienzos de junio de 1929, sin embargo, el panorama no era tan claro. Se perfilaban ya, es cierto, los distintos candidatos de las facciones conservadoras. Pero todos confiaban en la continuidad de un Liberalismo débil y dividido, sin aspiraciones propias, aparentemente satisfecho con la representación minoritaria que le garantizaba la ley electoral. A comienzos de junio, lo único claro era que la campaña presidencial estaba en curso.

La campaña electoral se había desatado efectivamente meses antes, con la celebración de dos de las tres elecciones que en 1929 antecedieron la contienda presidencial: elecciones de diputados en febrero, de representantes en mayo y de concejales municipales en octubre. Las dos primeras, en particular, eran de especial interés ya que ellas condicionaban tanto la formación de las autoridades y maquinarias electorales, como la selección del candidato presidencial del partido gubernamental. Las contralorías departamentales, por ejemplo -sobre las que tenían injerencia los diputados-, estaban a cargo de las "estadísticas de los habitantes de los municipios, lo cual servía mucho para triunfos electorales"<sup>35</sup>. Las asambleas, además, elegían a los senadores, quienes, junto con los representantes de elección popular, seleccionaban a los miembros del Gran Jurado Electoral. Horgan tiene quizá razón cuando dice que éstas no eran estrictamente "elecciones primarias" definitorias. Pero en la práctica, las mayorías parlamentarias resultantes de dichos procesos electorales ejercían una influencia significativa en la selección de los candidatos presidenciales.

Sólo un estudio minucioso de esas tres elecciones que tuvieron lugar en 1929 podría indicarnos con precisión cómo habían evolucionado las prácticas políticas hacia los fines del régimen Conservador. Horgan ofrece en su monografía algunos cuadros de los desarrollos a nivel departamental. Y muestra cómo, a pesar de las manipulaciones del gobierno central, el resultado de las elecciones a la Cámara fue adverso a los intereses del presidente Abadía. Que el poder central no controlaba las elecciones en los departamentos y municipios lo sugiere un vistazo a la forma como se integraban las listas de candidatos a corporaciones públicas.

"cuidadosamente montada" por algunos ministros de Abadía, incluido Rengifo; Lleras, *Borradores para una historia de la república liberal*, Bogotá, 1975, pág. 4. "...desde aquel evento se ha generalmente asumido que la voz del presidente en las elecciones será de muy poca importancia"; informe de Monson a Henderson, Bogotá, agosto 5 de 1929, PRO, FO371/13479.  
35 Gaitán, *Por qué cayó el partido...*, pág. 30.

En teoría la selección de los candidatos conservadores a las asambleas y al Congreso corría por cuenta de las autoridades del partido: de los Directorios departamentales y del Directorio Nacional. Pero en sus decisiones los Directorios no podían ignorar el poder efectivo de los caciques, de arraigo local. La práctica condicionaba así la descentralización del proceso -lo que el dirigente antioqueño Gonzalo Restrepo Jaramillo llamara la "constitución democrática de la dirección del conservatismo". Restrepo Jaramillo no tenía en mayor estima dicha "constitución democrática", mientras lamentaba que se le hubiera privado al Directorio departamental "de casi toda su influencia en la selección de candidatos":

*Estos venían acordados de las distintas cabeceras, y si teóricamente pudo el directorio rechazarlos por graves motivos, en la práctica se hizo casi imposible ejercer el derecho de veto, ya que quien señala el candidato es en realidad quien dispone también de la fuerza electoral necesaria para imponerlo en las urnas... Los comités provinciales, con raras excepciones, buscaban al candidato mediante un pacto expreso o tácito que lo vinculara a determinada carretera... Semejante sistema produjo dos resultados a cual más funesto: exagerar el regionalismo hasta los límites de lo increíble, y poblarlos cuerpos colegiados de mediocridades parroquiales, que sacadas de su carreterita o su acueducto, naufragaban lamentablemente al encontrarse frente al primer problema de dimensiones nacionales*<sup>36</sup>.

Ejemplos más concretos nos lo ofrece el valioso relato de Aquilino Gaitán, quien fuera miembro del Directorio Nacional Conservador precisamente en 1929. Como tal, Gaitán participó en la confección de las listas del partido para la elección de representantes. Su relato nos descubre además un panorama más complejo, en el que no faltan ni la mano del presidente Abadía, ni la de los curas o los obispos. Pero Gaitán y sus colegas de Directorio parecen más bien coordinar el fino balance de las diversas fuerzas políticas, antes que ejercer un firme control sobre el proceso. En Nariño, por ejemplo, favorecieron a la facción del general Gómez Jurado, "porque parecía tener mayor fuerza"; similares razones motivaron su apoyo a la facción charrista en el Huila. Inclusive en aquellos casos en que el presidente Abadía intervino más directamente, como en la confección de listas de Cundinamarca, Gaitán expresó que se habían

36 Restrepo Jaramillo, *El pensamiento conservador*, Págs. 27-28.

cuidado de seleccionar figuras que despertaran "el entusiasmo conservador". Un error de apreciación motivaba disidencias y derrotas. Así lo sufrió el mismo Gaitán, cuando el Directorio Nacional se negó a apoyar al general Gamboa en sus aspiraciones de ser elegido a la Asamblea de Cundinamarca. Gamboa se lanzó en disidencia y salió elegido<sup>37</sup>. De manera similar, un parlamentario conservador boyacense, Mora Toscano, se ufana así de su poder:

*Yo era dueño de los votos conservadores de Boyacá, y los godos de Boyacá no me podían ver ni pintado, por aquello de que yo mandaba la parada entre las masas, no me incluían los muy bandidos en sus listas. Yo, en vista... de esto, lanzaba mi lista. Y los reventaba en toda la línea*<sup>38</sup>.

Las opiniones del clero, sin lugar a dudas, fueron tenidas en cuenta al integrarse las listas de candidatos a la Cámara en 1929. En algunos casos, como en el Huila, la facción charrista había recibido el respaldo del Directorio Nacional porque parecía contar con la mayoría, pero también "porque se tenía el conocimiento de que el obispo les prestaba su apoyo". El apoyo de los obispos, sin embargo, no era en todos los casos condición suficiente. En el Tolima, los candidatos sugeridos por el obispo no fueron aceptados por el general Roberto Leyva, para quien "la mayoría de los conservadores no recibirían bien esos nombramientos"; por ello se necesitaban personas "más conocidas y de prestigio"<sup>39</sup>. El Directorio Nacional entonces decidió excluir los candidatos del obispo.

En la conformación de las listas de candidatos a la Cámara, descrita por Gaitán, pueden ya entreverse las complejidades de la relación entre el clero y la dirigencia Conservadora que entraría en franca crisis al desatarse la competencia por la candidatura presidencial<sup>40</sup>. Se presupone con frecuencia, y con simplismo, que la jerarquía del clero estaba al frente del proceso político, que éste ejercía un poder casi ilimitado hasta el punto de referirse al régimen conservador como una "teocracia"<sup>41</sup>. Las relaciones entre el clero católico y el Conservatismo eran ciertamente estrechas.

Así lo había sido desde los mismos orígenes de la división partidaria a mediados del siglo diecinueve<sup>42</sup>.

No es muy claro, sin embargo, que los conservadores fuesen apenas un apéndice del clero. Ni que los dirigentes del partido estuviesen dispuestos a recibir órdenes de los curas o de los obispos. El mismo Miguel Antonio Caro, quien defendió como pocos los intereses de los católicos y de la Iglesia, tuvo serios conflictos con el clero en sus aspiraciones para ser reelegido presidente en 1898<sup>43</sup>. Más aún, sectores conservadores habían estado propugnando por separar al clero del terreno electoral desde fines de siglo<sup>44</sup>. La secularización de la política había sido abiertamente defendida por el presidente Carlos E. Restrepo (1910-14), aunque sus esfuerzos se vieron frustrados.

Los problemas que suscitaron la selección del candidato conservador en 1929 evidencian precisamente los celos de los parlamentarios para defender sus prerrogativas. Las opiniones estaban divididas. Por lo que un grupo de congresistas decidió dirigirse al arzobispo Ismael Perdomo para que éste indicara el nombre de) candidato, en la esperanza de que su intervención motivara la unión del Partido. Perdomo se inclinó inicialmente por Vásquez Cobo, y así lo hizo saber mediante carta a un grupo de parlamentarios el 21 de agosto de 1929. Según Aquilino Villegas, sin embargo, esta abierta intervención era un "inaudito y peligrosísimo ensayo", con el que se rompían las tradiciones del partido -tal decisión era "reservada en otro tiempo a la mayoría de los parlamentarios"<sup>45</sup>. "Como simple ciudadano y como conservador", diría Gaitán, "no aceptaba la resolución arzobispal y menos como miembro del Directorio"<sup>46</sup>. No sólo los conservadores como Villegas y

42 Véase Fernán González, *Poderes enfrentados. Iglesia y Estado en Colombia*, Bogotá, 1997.

43 Sobre las relaciones de Caro y la Iglesia, véanse Restrepo, *La Iglesia en dos momentos difíciles*, y Carlos Valderrama Andrade, *Un capítulo de las relaciones entre el Estado y la Iglesia en Colombia*, Bogotá, 1986. Véanse también los trabajos de Abel y González ya citados. Sobre Caro véase además Deas, *Del poder y la gramática*.

44 "Los conservadores como que se avergüenzan de tener frailes en las curules del Congreso", le escribía con tono de resentimiento el presbítero Bonifacio Vélez a Carlos Martínez Silva en 1897. Véase Valderrama Andrade, *Un capítulo de las relaciones...*, Pág. 367.

45 Villegas, *Por qué soy conservador*, Pág. 164. Opiniones similares de políticos conservadores contemporáneos, participantes activos en el proceso de 1930, pueden verse en Gaitán, *Por qué cayó el partido...*, Págs. 77-79; Restrepo Jaramillo, *El pensamiento conservador*, Págs. 62-3; y Salamanca, *La república liberal*, Vol. 1, Pág. 38. Restrepo Jaramillo decía oponerse a que los arzobispos eligieran el presidente porque "para nosotros era aquello cuestión doctrinaria", *Ibíd.*

46 Gaitán, *Por qué cayó el partido...*, Pág. 79.

37 Gaitán, *Por qué cayó el partido...*, Págs. 13, 17, 39, 65.

38 Ibero, *Andanzas*, Págs. 151-2.

39 Gaitán, *Por qué cayó el partido...*, Págs. 16-7.

40 Véanse Restrepo, *La iglesia en dos momentos difíciles*, y Medina, "Obispos, Curas y elecciones".

41 Véanse Jiménez, "The Limits of Planter Hegemony", Pág. 269, y Guerrero, *Los años del olvido*, Pág. 98.

Gaitán se separaron de las directrices del arzobispo. La misma Iglesia también se dividió.

Según Horga, si la jerarquía católica se hubiese unificado alrededor de la candidatura de Vásquez Cobo, los congresistas habrían cerrado filas por el temor de no aparecer opuestos a los dictámenes de la Iglesia<sup>47</sup>. La división de la Iglesia habría producido así la división conservadora. Lo contrario fue quizá más cierto: divididos los conservadores, dividida la Iglesia. El arzobispo Perdomo no tardó en encontrarse entre dos flancos, presionado además por un nuncio que favorecía la activa intervención clerical en la política. Por ello, como lo ha descrito Christopher Abel, Perdomo "quedó pues, contra su voluntad, convertido en elector de electores"<sup>48</sup>. Pero indeciso. Y sin efectividad alguna. A su carta de 21 de agosto siguió otra del 9 de diciembre, reiterando su opinión en favor de Vásquez Cobo. Pero el 22 de enero emitió otra circular en la que advertía que era "obligatorio para los católicos" apoyar la candidatura de Guillermo Valencia. Y para confundir aún más el panorama, el arzobispo volvió a cambiar de posición: el primero de febrero invitaba a sus fieles a votar nuevamente por Vásquez Cobo<sup>49</sup>.

"Era el fin del mundo", recordaría años más tarde Aquilino Villegas, mientras reflexionaba sobre los efectos que la posición ambivalente de Perdomo tuvo en el seno de la Iglesia. Los obispos se dividieron entre partidarios de Vásquez Cobo y Valencia. Y defendían a sus respectivos candidatos "en ardientes cartas eclesiásticas que los directores laicos de la campaña electoral explotaban con saña y ardentía sin igual, que desmoralizaba la conciencia religiosa de los electores"<sup>50</sup>. ¿Y la conciencia política? Para Villegas no había distinciones entre la conciencia religiosa y política de ese electorado conservador y católico, adicto a la Iglesia -"un pueblo sumiso, creyente y disciplinado"<sup>51</sup>. Sin embargo, ¿hasta qué punto las divisiones entre los jerarcas de la Iglesia eran reflejo de las simpatías divididas del electorado conservador?

La pregunta escasamente se formula, mientras se ignoran los sentimientos de los electores y se presupone el poder omnímodo de los curas y de los obispos. Obispos y curas, no

obstante, se cuidaban con frecuencia de expresar que sus opiniones representaban la voluntad de las mayorías en sus respectivas jurisdicciones eclesiásticas. "Vásquez Cobo tiene a su favor el ochenta por ciento de la opinión sana del país", observó el arzobispo Perdomo en su comunicación del 21 de agosto. Y añadió: "yo no quiero ni puedo ir en contra de esa mayoría"<sup>52</sup>. El 1 de febrero, Perdomo repetiría sus razones para volver a apoyar a Vásquez Cobo: "más probabilidades de triunfo por su gran popularidad"<sup>53</sup>. Perdomo quizá exageraba. O estaba mal informado. Pero sus referencias a los sentimientos políticos de sus feligreses no pueden despreciarse como meros ejercicios retóricos. Las divisiones motivadas por las elecciones de 1930 son precisamente evidencia de los límites de la influencia política de la Iglesia sobre el electorado, cuya conciencia religiosa podía distinguirse de sus simpatías políticas.

Es posible que en sectores tradicionales predominaran aún esos electores sumisos, creyentes y disciplinados, a los que se refiriera Villegas. Sin embargo, los sentimientos del electorado, ignorados hasta ahora por la historiografía, merecen atención más sistemática. Ciertamente, el comportamiento de los sectores medios del Conservatismo -sus cuadros activistas-, no parece haber sido muy sumiso. Frente a la Iglesia, o frente a las mismas directivas del partido. Aquilino Gaitán relata un encuentro durante la campaña, mientras viajaba en tren hasta Facatativá, con un "coronel" conservador quien, al reconocerlo como miembro de la Dirección Nacional, lo asedió a preguntas. Gaitán se negó a responderle. A lo que contestó el tal "coronel": "creo que los importantes servicios prestados por mí al partido durante las guerras me dan derecho a preguntar todo lo que se relacione con su suerte"<sup>54</sup>.

#### 4.

A fines de diciembre de 1929, Germán Arciniegas se refería así, en tono sarcástico, a la campaña conservadora: "ha sido una lucha de directorios, de párrocos y de alcaldes, que no ha podido despertar un grito fervoroso de ningún parroquiano"<sup>55</sup>. Las decisiones sobre las candidaturas

47 Horgan, "The Liberal Party Comes to Power", Pág. 91.

48 Abel, *Política, Iglesia y partidos*, Pág. 180.

49 Véase Medina, "Obispos, curas y elecciones", Págs. 187-191.

Los textos de las circulares de Perdomo están reproducidos en Salamanca, *La república liberal*.

50 Villegas, *Por qué soy conservador*, Pág. 165.

51 *Ibid.*, Pág. 166.

52 En Salamanca, *La república liberal*, Pág. 61.

53 *Ibid.*, Pág. 73. Véase también Medina, "Obispos, curas y elecciones", Pág. 198.

54 Gaitán, *Por qué cayó el partido*, Pág. 62.

55 Citado en Gabriel Castro y José M. Arango, *La salvación de Colombia. Relación completa y detallada del gran movimiento político habido en la República de Colombia a fines de 1929 y a principios de 1930*, Medellín, 1930, Pág. 54.

Conservadoras no se redujeron, sin embargo, a un juego exclusivo y simple entre la jerarquía del clero y las directivas del partido. Estas últimas escasamente podían ejercer una influencia determinante frente a las demandas encontradas de los parlamentarios quienes, a su turno, debían tener en cuenta a las diferentes facciones de sus respectivas regiones, cuyas maquinarias electorales midieron fuerzas ante las urnas en tres ocasiones durante 1929. La influencia del clero y sus relaciones con los feligreses y los parlamentarios, como se ha sugerido en la sección anterior, merece además ser reconsiderada. Frente a la división conservadora entre los dos candidatos favorecidos por las mayorías parlamentarias, el presidente Abadía expresó una curiosa "parcialidad oficial": "no precisamente en favor de Valencia, sino en contra de Vásquez Cobo... cerrarle el paso al general (Vásquez Cobo), sin abrirle el camino al poeta (Valencia), para facilitar una tercera"<sup>56</sup>. Sobresalen, es cierto, las intrigas palaciegas, naturales a la política. Pero el carácter competitivo de la campaña presidencial estimulaba también el activismo electorero de los candidatos. Activismo relativamente intenso entre los conservadores, pero que adquirió características "delirantes" cuando el Liberalismo decidió lanzar candidato propio.

Por lo menos desde el mes de mayo, Guillermo Valencia se encontraba recorriendo las principales ciudades del país. El 27 de mayo, Valencia criticó la política de "adhesiones secretas personales a caudillos", mientras demandaba un "debate público entre los candidatos conservadores"<sup>57</sup>. Ese mes Valencia estuvo en Cali y en Medellín, donde recibió una "delirante recepción de bienvenida, como si él fuese un héroe conquistador"<sup>58</sup>. El activismo temprano de Valencia -quien meses más tarde se quejaría de agotamiento electoral<sup>59</sup>-, contrastaba con la ausencia de su rival, Vásquez Cobo, "dedicado a la dulce noticia de la vida diplomática" en París<sup>60</sup>. Pronto, sin embargo, el general regresaba al país. El 22 de julio arribó a Santa Marta, donde cientos de personas salieron a recibirlo. Una manifestación de 5.000 personas lo esperaba en Barranquilla. De allí siguió a Bogotá, donde

20.000 personas le manifestaron su apoyo. "El tamaño de la multitud", anota Horgan, "hizo temblar a los anti-Vasquistas e impresionó a los que estaban aún indecisos". Según el ministro británico, no obstante, aquel "regreso espectacular" fue más bien una "baratija triunfalista" organizada por los lugartenientes de Vásquez Cobo<sup>61</sup>. Con todo, para algunos sectores la campaña no despegó en firme sino en diciembre, cuando se anunciaban nuevas giras de los candidatos conservadores: Vásquez Cobo iniciaba correrías en Antioquia, mientras Valencia partía para la Costa Atlántica y de allí seguiría a los Santanderes y al Valle. "Hasta ahora", insistía *El Tiempo*, "la lucha se ha reducido a una pugna sorda... entre las autoridades civiles y eclesiásticas, entre grupos que tratan de acuchillarse en la sombra y que lo fían todo a armas bien distintas del sufragio y de la opinión"<sup>62</sup>.

Ya en diciembre, la campaña había adquirido una dinámica distinta frente a las perspectivas de un candidato presidencial liberal. Una primera Convención Nacional Liberal, reunida en Apulo, había mostrado todavía un partido dividido y confuso frente al tema de las candidaturas. El 7 de noviembre se había instalado en Medellín un "Comité Liberal pro Candidato Propio". El 18 de noviembre, en búsqueda de la unidad, se reunió otra Convención en el Teatro Municipal de Bogotá, donde Alfonso López Pumarejo hizo su famosa propuesta: "que el Partido Liberal proceda a prepararse para asumir en futuro muy próximo la dirección de los destinos nacionales"<sup>63</sup>. Se puso así en marcha ese extraordinario movimiento de opinión que desembocó en la candidatura de Enrique Olaya Herrera. Este proceso estuvo en buena parte dirigido por los editores de la prensa de oposición liberal -con Eduardo Santos a la cabeza-, y del mismo López Pumarejo, con el apoyo de una sección minoritaria conservadora bajo la orientación republicana de Carlos E. Restrepo. Pero fue en últimas la masiva respuesta del electorado liberal la que impuso el nombre de Olaya como el candidato de la Concentración Nacional.

Al momento de surgir la posibilidad de su candidatura, tras la Convención del Teatro Municipal a fines de noviembre, Olaya Herrera se encontraba como ministro plenipotenciario de Colombia en Washington, donde permaneció hasta mediados de enero de 1930. La campaña liberal despegó con

56 Pedro Juan Navarro, *El parlamento en pijama*, Bogotá, 1936, Pág. 219.

57 *La Prensa*, mayo 27 de 1929, citado en Horgan, "Liberáis Come to Power", Pág. 82.

58 *Ibíd.*, Pág. 80.

59 "Es cosa terrible una campaña electoral... nueve discursos en un solo día... Se necesita tener una salud de hierro para resistir ese desgaste", le dijo Valencia a Arguedas en enero de 1930. Arguedas, *La danza de las sombras*, Pág. 129.

60 Horgan, "Liberáis come to power", Pág. 80.

61 "Colombia. Annual Report, 1929"; y Horgan, "Liberáis come to power", Págs. 97-105.

62 "La campaña de los candidatos", *El Tiempo*, diciembre 4 de 1929.

63 Citado en G. Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 1915-1934, Bogotá, 1974, Pág. 239. Véase también Lleras Restrepo, Borradores, Págs. 4-6.

fuerza aún en ausencia del candidato. A fines de diciembre, una manifestación de unas 45.000 personas se reunía en Bogotá y, tras escuchar al orador central, Gabriel Turbay, marchaba hasta la casa de López Pumarejo para demandar la proclamación oficial de la candidatura de Olaya. El embajador boliviano fue testigo de la manifestación, "en verdad, una marea humana desbordando por la Calle Real, una masa, mejor, por el número y la densidad y que ha hecho creer en un milagro de civismo"<sup>64</sup>. El "milagro" se repetía en otros rincones de país. El 10 de enero tomaban lugar sendas manifestaciones en Barranquilla y Tunja. Al día siguiente se proclamaba la candidatura de Olaya en Medellín<sup>65</sup>. "Bastaba que se anunciara la llegada a un pueblo de un orador olayista" -recordaría más tarde Lleras Restrepo, quizá con desbordado entusiasmo-, "para que salieran a recibirlo cabalgatas de liberales entusiastas, con botella de brandy en los bolsillos de los zamarros, con la vieja bandera liberal al lado del tricolor nacional"<sup>66</sup>.

Por supuesto que este entusiasmo se intensificó tras el regreso de Olaya Herrera a Colombia<sup>67</sup>. El 7 de enero desembarcaba en Cartagena, donde "todos los pitos de las sirenas de los barcos y de las fábricas atronaron el espacio"<sup>68</sup>. Allí comenzó la gira triunfal de tres semanas. Al día siguiente, un hidroavión de Scadta lo llevaba a Santa Marta, desde donde seguiría en ferrocarril hasta Ciénaga, antes de llegar a Barranquilla, donde lo esperaba una manifestación de unas 60.000 personas. El 9 de enero se inscribía oficialmente su candidatura en Puerto Berrío<sup>69</sup>. El cuadro de las multitudes recibiendo al "salvador nacional" se repetía en todas las ciudades que visitó: los bumangueses organizaron además un desfile encabezado por 6.000 jinetes a caballo. Unas 100.000 personas se congregaron en Medellín para escucharle. "Hasta los tejados estaban invadidos por el

pueblo", expresaría un biógrafo contemporáneo y simpatizante<sup>70</sup>. Sus impresiones las verifican los testimonios fotográficos<sup>71</sup>.

En Bogotá, la gira triunfal de Olaya se seguía con suma expectativa. Según Arguedas, "remolinos de gente desocupada" se reunía en las calles, "y esta gente leía con fervorosa avidez las noticias que minuto a minuto se escribían en las pizarras de los periódicos y prorrumpía en vivas al candidato cada vez que una nueva noticia venía a revelar algún incidente del viaje"<sup>72</sup>. El 26 de enero, Olaya hacía su entrada a Bogotá. "Las calles se desbordaron a torrentes humanas", recordaría un apologista. La descripción de Arguedas, un observador más neutral, no es menos triunfalista: la recepción a Olaya fue "de veras imponente, de veras grandiosa, pues el pueblo acudió en masa a recibirlo"<sup>73</sup>. Y de la capital, Olaya seguiría a Boyacá, su tierra natal, donde, motivadas por sentimientos regionales, "hasta las mismas autoridades conservadoras se le pusieron de su lado"<sup>74</sup>.

Es claro que las fuentes liberales y cercanas a Olaya tiñen las descripciones de su entusiasmo partidista, con el tono propio de los victoriosos. "En las ciudades, en los pueblos, en las aldeas", recordaría Rumazo, "se hacían bazares; se preparaban plumas de oro, tarjetas afiligranadas, retratos bordados de seda, para obsequiarlos al candidato"<sup>75</sup>. No es necesario, sin embargo, compartir este triunfalismo para apreciar que, de cualquier manera, la campaña de Olaya Herrera motivó grados extraordinarios de movilización popular. "Las masas se inflaman de fervor y sienten otra vez renacer las esperanzas", observó el líder sindical Torres Giraldo<sup>76</sup>. Así como se destacaban las masivas manifestaciones en las plazas públicas, sobresalió también la participación femenina. La recepción en Cartagena se abrió con el discurso de una mujer, Antonia Santos. Oradoras, organizadoras de bazares, activistas en las manifestaciones, o acompañantes de los líderes del partido, el protagonismo político de las mujeres parecía acrecentarse, aunque no es

64 Arguedas, *La danza de las sombras*, Pág. 113. "Todos los almacenes, cafés y cantinas, etc., fueron cerrados, y se puede considerar que todo Bogotá participó en tan importante manifestación", en Castro y Arango, *La salvación de Colombia*, Pág. 96.

65 Llevaron la palabra en la manifestación el dirigente antioqueño Jorge Gartner, el chocoano Adán Arriaga, "quien habló... principalmente a radicales, socialistas y comunistas", y el representante obrero Manuel Gómez; véase Castro y Arango, *La salvación de Colombia*, Pág. 131.

66 Lleras Restrepo, *Borradores*, Pág. 22.

67 La campaña de Olaya está descrita en las crónicas de uno de sus acompañantes, Luis E. Nieto Caballero, publicadas entonces en *El Espectador* y reproducidas en sus *Escritos escogidos. Crónica política*, Bogotá, 1984, Vol. 2.

68 Castro y Arango, *La salvación nacional*, Pág. 139.

69 Sin el cumplimiento de esta inscripción, se hubiese podido frustrar su candidatura. Pedro Juan Navarro relata los pormenores de esta maniobra electoral. Véase *El parlamento en pijama*, Págs. 222-223.

70 Rumazo González, Enrique Olaya Herrera, Págs. 124 y ss.

71 Véase la foto de manifestación en Medellín en Castro y Arango, *La salvación nacional*.

72 Arguedas, *La danza de las sombras*, Pág. 119.

73 *Ibíd.*, Pág. 126; y Rumazo, *Enrique Olaya Herrera*, Pág. 140. Véase también la breve pero significativa descripción del dirigente sindical, Torres Giraldo, hostil a la candidatura de Olaya, en *Los inconformes*, Vol. 4, Pág. 1009.

74 Rumazo, *Enrique Olaya Herrera*, Pág. 143; y Guerrero, *Los años del olvido*, Págs. 105-106.

75 Rumazo, *Enrique Olaya Herrera*, Pág. 118.

76 Torres Giraldo, *Los inconformes*, Vol. 4, Pág. 1009.

cierto que ésta fuese la primera vez que las mujeres participaran en el debate político<sup>77</sup>. Como tampoco es cierto que el protagonismo de las masas no tuviere precedentes en la historia electoral colombiana<sup>78</sup>. Esta vez, sin embargo, las manifestaciones adquirieron dimensiones históricas.

Otra novedad relativa de esta campaña fue el lanzamiento de la candidatura presidencial de Alberto Castrillón por parte del Partido Socialista Revolucionario (PSR). Castrillón había sido recién liberado de prisión, tras su participación en la huelga bananera en el Magdalena. Simbólicamente, el lanzamiento de su candidatura tuvo lugar el 6 de diciembre, en conmemoración del primer aniversario de la matanza de las bananeras. Los manifestantes se congregaron en el Parque Santander y caminaron por la Calle Real hasta el Capitolio, y terminaron en el Teatro Municipal, donde Castrillón leyó "un extenso discurso anti-capitalista... desgraciadamente armado sobre un esquema teórico sin base en la realidad colombiana"<sup>79</sup>. Dirigentes y activistas del PSR, sindicalistas e intelectuales de la izquierda liberal acompañaron inicialmente a Castrillón. Pero su campaña "cayó en el vacío", y muchos de quienes la impulsaban se sumaron a la candidatura de Olaya Herrera<sup>80</sup>. Para los opositores al régimen -socialistas, liberales e, inclusive conservadores-, era casi imposible mantenerse distante de ese movimiento olayista que parecía "surgir espontáneamente de la masa popular y afluir de las provincias a la capital"<sup>81</sup>.

## 5

Los electores se acercaron finalmente a las urnas el 9 de febrero de 1930. A la mañana siguiente, las respectivas fuerzas políticas reclamaban para sí el triunfo. *El Debate le daba la victoria a Valencia, El Tiempo a Olaya Herrera, El nuevo Tiempo a Vásquez Cobo*. Pronto, sin embargo, las cifras hicieron claridad sobre el resultado. Olaya Herrera: 369.934 votos; Valencia: 240.360; Vásquez Cobo: 213.470;

Castrillón: 564 votos<sup>82</sup>. El triunfo del candidato de la Concentración Nacional era indiscutible. Los votos de Valencia y Vásquez Cobo, es cierto, aun superaban en conjunto a los de Olaya Herrera. Éste contaba, sin embargo, con una mayoría superior a los 120.000 votos sobre el segundo candidato. En los departamentos del Atlántico, Valle, Tolima, Cundinamarca y Caldas, la votación en favor de la Concentración Nacional fue superior al 50 por ciento. De mayor significado quizá, para efectos del análisis del comportamiento del electorado, son los resultados de aquellos departamentos donde se observa cierto realineamiento político. En Caldas, Cundinamarca y Santander, por ejemplo, las mayorías conservadoras de la elección de 1922 le habían cedido el lugar a las mayorías olayistas en 1930. Así como en Boyacá: mientras en 1922, un 26 por ciento de los votos apoyaba al candidato liberal, Olaya Herrera atrajo un 40 por ciento de los votos en 1930. Simultáneamente allí la votación conservadora caía del 74 al 60 por ciento<sup>83</sup>.

¿Qué motivó estos cambios en el electorado, y qué tan duradero fue el realineamiento político? En otras palabras, ¿cómo explicar la movilización electoral de 1930, y quiénes conformaban los respectivos electorados? La pregunta es válida no sólo para apreciar la naturaleza del movimiento liberal, sino también para entender al todavía voluminoso electorado conservador. En la literatura, las masas olayistas sobresalen por su movilización espontánea orientada por la prensa liberal, por el revivir de un acendrado sentimiento partidista en espera de darle fin al régimen conservador, o por su fe en "los milagros y beneficios de la acción personal": "... Olaya significa para ellas el restablecimiento del crédito público y la consiguiente afluencia de capitales extranjeros; el abaratamiento de la vida; la normalidad y prosperidad en los negocios; el bienestar general, en suma, amplio y sin limitaciones"<sup>84</sup>. ¿Y qué veían las masas conservadoras en sus candidatos?

Ellas sólo parecen existir en su condición de fieles creyentes, disciplinados y sumisos -para repetir la descripción

77 Rodríguez, *Enrique Olaya Herrera*, Pág. 150. Sobre la participación femenina en la campaña olayista, véanse Lleras Restrepo, *Borradores*, Pág. 17; Restrepo, *Orientaciones republicanas*, Vol. 2, Pág. 609; Castro y Arango, *La salvación nacional*, Págs. 140 y 142; Rumazo, *Enrique Olaya Herrera*, Pág. 118.

78 Véase, por ejemplo, el comentario de Guerrero, *Los años del olvido*, Pág. 103.

79 Torres Giraldo, *Los inconformes*, Vol. 4, Pág. 1008. El texto completo del discurso fue publicado en *El Tiempo*, "Candidato comunista fue proclamado en el municipal", diciembre 7 de 1929.

80 Uribe, *los años escondidos*, Pág. 310.

81 Arguedas, *la danza de las sombras*, Pág. 104.

82 Registraduría Nacional de Colombia, *Historia Electoral Colombiana*, Bogotá, 1988, Pág. 154. Aquí no se registran los votos de Castrillón, cuya cifra he tomado de Salamanca, *La república liberal*, Pág. 77. Torres Giraldo se negó a "reconocer... ninguna de las cifras entonces publicadas sobre la 'votación socialista'". En su opinión muchos votos socialistas fueron ignorados, aunque reconoció que los socialistas vieron reducir "mucho más sus filas con la recuperación liberal", *Los inconformes*, Vol. 4, Pág. 1009.

83 Sobre las elecciones en Boyacá, véase Guerrero, *Los años del olvido*, Pág. 112.

84 Arguedas, *La danza de las sombras*, Pág. 120.

de Aquilino Villegas. Algunos relatos contemporáneos dan cierta idea sobre los distintos movimientos conservadores. Para Eduardo Santos, desde la oposición liberal, el vasquismo se reducía a un "grupo ultraclerical", acompañado de una "asociación de gamonales que constituye su base"<sup>85</sup>. Vásquez Cobo, ciertamente, era el conocedor de los caciques conservadores. Sus principales adherentes, según el ministro británico, eran "hombres de muy dudosa reputación, la mayoría de ellos aventureros de clase media, sin tradiciones familiares ni honor personal"<sup>86</sup>. Al lado de estos "aventureros de clase media", sin embargo, parecía también estar la llamada masa conservadora, "individuos extraídos, en su mayor parte, de la masa común aprovechable en las guerras y para las guerras"<sup>87</sup>. Vásquez Cobo, según Arguedas, se había convertido en "un verdadero ídolo de la masa conservadora"<sup>88</sup>.

¿Cómo explicar entonces la votación de Guillermo Valencia, superior a la del mismo Vásquez Cobo? ¿Podría explicarse su resultado electoral por el simple apoyo del gobierno? ¿Era el valencismo, como lo expresara *El Tiempo*, sólo "una caudal del gobierno de Abadía protegido de gobernadores, prefectos y alcaldes"?<sup>89</sup>

Desde cierta perspectiva, es posible argumentar que el resultado electoral -el menor número de votos por Vásquez Cobo- reflejó el descontento con el viejo gamonalismo, y los ánimos de modernizar las prácticas políticas. Horgan ha sugerido que Valencia, como representante de las élites, no necesitaba del apoyo de los sectores medios caciquiles. Y que, en sus discursos, Olaya se mostraba definitivamente en favor de los sectores urbanos y en contra de los caciques de pueblo<sup>90</sup>. Cualquier generalización en este sentido, no obstante, estaría simplificando una realidad más compleja. Valencia, por ejemplo, ganó en el modernizante departamento de Antioquia, pero igualmente obtuvo

impresionantes mayorías en Bolívar y en Magdalena donde, según el mismo Horgan, reinaba la corrupción electoral. La votación de Olaya, por su parte, tampoco podría entenderse sin apreciar el papel de "avezados políticos" liberales -aliados, muchos de ellos, del vasquismo en el Congreso y en las jornadas de junio contra el régimen de Abadía-conocedores de la legislación electoral, de la necesidad de registrar previamente a los votantes, y de tantas otras prácticas electorales, como organizar la movilización de los electores y fiscalizar los escrutinios para evitar el fraude. Pedro Juan Navarro, quien se opuso inicialmente a una candidatura liberal, sería un exponente de estos "avezados políticos", a través de quienes el dominio del gamonalismo rural le daba paso al clientelismo urbano<sup>91</sup>.

Reconocer la continuidad de estas prácticas políticas tradicionales no significa desconocer la presencia importante de mecanismos modernos de movilización electoral, en particular la influencia de la prensa en la opinión pública. Por primera vez se usaba la radio en las campañas electorales, aunque la amplitud de la frecuencia radial era aún limitada. La influencia de la prensa escrita en las elecciones de 1930, sin embargo, merecería más detallada atención. Las sedes de los periódicos en Bogotá eran los verdaderos cuarteles de los partidos. Su ascendencia sobre la opinión pública, especialmente la de *El Tiempo* -leído por liberales y conservadores-, fue extraordinaria. "No creemos", recordaría Lleras Restrepo, "que en ninguna otra época los periódicos de oposición hayan tenido mayor influencia sobre la opinión pública y sobre el mismo gobierno"<sup>92</sup>. Aunque, nuevamente aquí el papel electoral de la prensa debe apreciarse en su amplio contexto histórico<sup>93</sup>. De cualquier manera, la importancia de la opinión pública en las elecciones de 1930 era reconocida, a su pesar, por los conservadores como Villegas, para quien una de las causas de la caída de su

85 *El Tiempo*, octubre 19 de 1929, en E. Santos, *Obras selectas*, Bogotá, 1981, Pág. 420.

86 "Colombia. Annual Report, 1929". Según Salamanca, Vásquez no contaba con la mayoría de los parlamentarios pero sí con el apoyo de "políticos avezados"; *La república liberal*, Pág. 47. Sobre el apoyo de los caciques a Vásquez, véase Horgan, "Liberáis come to power", Pág. 95.

87 Gaitán, *Por qué cayó el partido*, Pág. 26. Según Gaitán, los partidarios de Vásquez habían acompañado en el pasado al general Reyes, "tenían afinidad por los gobiernos fuertes y los caudillos de espada".

88 Arguedas, *La danza de las sombras*, Pág. 124. Según Horgan, Vásquez Cobo "atraía a una gama más amplia del electorado que los organizadores de su propia campaña".

89 *El Tiempo*, octubre 19 de 1930, en Santos, *Obras selectas*, Pág. 420

90 Horgan, "Liberáis come to power", Pág. 144.

91 Su breve relato de lo ocurrido sobre la inscripción de la candidatura de Olaya en Puerto Berrío ilustra su experiencia en las maniobras electorales. *El parlamento en pijama*, escrito por el mismo Pedro Juan Navarro, es una fuente única para apreciar la mentalidad y el comportamiento de algunos congresistas liberales de la época.

92 Lleras Restrepo, *Borradores*, Págs. 5-6. El relato de Arguedas es bien ilustrativo de la vida política en los periódicos, y de su influencia en la opinión, durante la campaña de 1930. Véase *La danza en las sombras*. Tanto Lleras como Arguedas subrayan además el impacto de las caricaturas de Rendón en minar la credibilidad del régimen conservador. Sobre Rendón, véase Germán Colmenares, *Ricardo Rendón, Una fuente para la historia de la opinión pública*, Bogotá, 1981.

93 Véase mi ensayo 'The role of newspapers in electioneering in Colombia, 1830-1930', ponencia presentada al Congreso de la LASA, Washington, 1996

partido había sido "el perfeccionamiento excesivo del instrumento democrático" que colocó el poder público "a merced de la opinión callejera"<sup>94</sup>.

Por encima de todo, este ensayo ha querido poner de relieve el significado de las elecciones presidenciales de 1930 en el desarrollo de la cultura política de los colombianos. Por supuesto que, en la euforia del triunfo, los dirigentes liberales no tenían sino expresiones grandilocuentes frente a ese "episodio democrático maravilloso", "espléndido certamen de civismo y un ejemplo admirable de cultura política"<sup>95</sup>. Impresiones compartidas, sin embargo, por algunos conservadores y observadores extranjeros<sup>96</sup>. Sin dudas, la experiencia de 1930 - como hito en la historia electoral colombiana- reforzaría lo que Alberto Lleras Camargo llamara "la base granítica" de la "tesis de rotación de partidos en el poder"<sup>97</sup>. En las filas de la oposición liberal, los amigos del sufragio se impusieron sobre los defensores de recurrir nuevamente a las armas. Tanto el gobierno como los contendores conservadores reconocieron la victoria electoral del candidato de la Concentración Nacional, el liberal Enrique Olaya Herrera. El papel del presidente Abadía en la transmisión del poder, aunque "presionado por la voluntad del pueblo", serviría también de referencia para la conducta del gobierno en tiempos electorales. El civilismo parecía imponerse sobre las soluciones de fuerza en la lucha por el poder.

De ninguna manera la transición del régimen conservador al liberal estuvo libre de problemas. Entre el 9 de febrero, día de las elecciones, y el 7 de agosto, fecha de transmisión del mando, transcurrió un largo período que debe ser estudiado con mayor detenimiento. El 26 de marzo, Lleras Camargo denunciaba que corrían "manifestaciones redactadas con cierta rudeza campesina, en los cuales algunos ciudadanos anuncian su próxima constitución en ejército rebelde". Y el 10 de mayo volvía a insistir en sus denuncias: "andan por los campos y apartadas veredas del país, cuadrillas de agitadores que predicán la guerra santa en nombre del Partido Conservador"<sup>98</sup>. También corrieron rumores sobre una eventual reacción hostil del ejército, pronto disipados<sup>99</sup>. Sólo hasta el 27 de junio el Gran Jurado Electoral entregó la credencial de presidente a Enrique Olaya Herrera. "El reconocimiento del triunfo de febrero", expresaba con satisfacción Lleras Camargo, "hecho por una corporación de mayoría conservadora, significa un avance de cincuenta años no sólo en la cultura política, sino en las costumbres del país"<sup>100</sup>. El panorama, es cierto, estaba lleno de incertidumbres. Y en las décadas siguientes la violencia opacaría esos visibles avances. Pero las elecciones críticas de 1930 dejaban como legado una valiosa experiencia formativa en ese accidentado curso histórico de la democracia en Colombia.

94 Villegas, *¿Por qué soy conservador?*, Pág. 168. Villegas se refiere también a "la influencia de la opinión pública por los caminos de la prensa y del parlamento". *Ibid.*

95 Véase *El Tiempo*, febrero 11 de 1930, en Santos, *Obras selectas*, Pág. 437; y *La Tarde*, mayo 15 de 1930, en A. Lleras Camargo, *Obras selectas. El periodista*, Bogotá, 1987, Vol. 2 (a), Pág. 89.

96 Villegas, *Por qué soy conservador*, Pág. 176. "...the attitude of the Government, the candidates and voters may claim to serve as a model to many countries of greater importance and professed enlightenment in the administration of democratic institutions"; informe de Garnett Lomax a Henderson, Bogotá, febrero 17 de 1930, PRO, FO371/14220.

97 Lleras, *Obras selectas*, Pág. 27.

98 *Ibid.*, Págs. 25,80,84 y 97. Las crónicas de Mario Ibero están llenas de anécdotas que ilustran muy bien la insatisfacción de algunos sectores conservadores. Véanse sus *Andanzas*, ya citadas.

99 Véase el trabajo de Pinzón de Lewin, *Ejército y elecciones*.

100 Lleras, *Obras selectas*, Pág. 129.